

“El final de un libro exquisito es, a la vez, felicidad y vacío”

Ricardo Forster

Erica Garrido

Coordinadora del Profesorado en Lengua y Literatura/ Instituto Provincial de Enseñanza
Superior Florentino Ameghino

Emiliano Sánchez Narvarte

Instituto Provincial de Enseñanza Superior Florentino Ameghino
Instituto de la Educación y el Conocimiento/Universidad Nacional de Tierra del Fuego,
Antártida e Islas del Atlántico Sur

En el marco de las Jornadas Académico-culturales organizadas por el Instituto Provincial de Enseñanza Superior Florentino Ameghino en septiembre de 2025, el filósofo y escritor Ricardo Forster dictó la conferencia central del encuentro. En este texto, presentamos una entrevista que le realizamos a propósito de su último libro, *La biblioteca infinita. Leer y desleer a Borges* (emecé, 2024) sobre la obra —y las lecturas de y acerca— de Jorge Luis Borges. Un libro que no sólo articula una reflexión filosófica y literaria sobre el autor de *El libro de arena*, sino también sobre la ciudad, la memoria, las amistades, el pensamiento benjaminiano y la relación entre ficción y realidad.

Se puede pensar que *La biblioteca infinita* propone distintas entradas o registros: lo biográfico, la ficción, lo enciclopédico, el trabajo con las citas y referencias, el ensayo. ¿Cuál de esos cruces te resultó más potente en este libro?, ¿dónde encontraste esa fuerza interpretativa que te hizo decir “aquí hay algo”?

El libro tiene su historia. Me acompaña desde hace al menos 30 años, desde comienzos de los noventa. En aquel momento, no sé bien por qué —porque estaba dedicado a otras cosas—, se me cruzó la idea de escribir algo sobre Borges.

Llegué a redactar unas cincuenta o sesenta páginas que quedaron guardadas, en parte por una anécdota con [Héctor] “Toto” Schmucler. Un día le conté: “Estoy escribiendo algo sobre Borges, me interesa, me gusta”. Y él me preguntó, muy de su generación: “¿Pensás que tenés algo nuevo para decir sobre Borges?”. Yo respondí: “No, la verdad que no”. Entonces me dijo: “Bueno, dejalo por un rato”. Y así quedó, guardado treinta años en un cajón, hasta que lo recuperé durante la pandemia.

Fue un momento muy particular, a solas con mi biblioteca, con el camino recorrido de lecturas y escrituras. Un día, revisando cajones, me reencontré con ese texto y pensé: “Aquí hay algo, me gusta lo que escribí hace treinta años”. En ese escrito ya estaba la parte ficcional del libro: una especie de relato dentro del ensayo, donde pongo a Borges en sus años ginebrinos, al final de su vida, frente a su propia muerte.

Esa idea me surgió en un bar, escribiendo. Yo había pasado parte de 1976 en Ginebra,

una ciudad muy significativa para mí, y que también lo fue para Borges: su ciudad paradisíaca de la adolescencia, formativa, cosmopolita, donde trabó amistades inolvidables y adquirió dos idiomas, el francés y el alemán.

Entonces, ese cruce apareció de manera natural. Siempre pensé que el ensayo es un género literario ligado a la investigación y al trabajo erudito, pero también un estilo. La escritura, de alguna manera, es cuerpo.

Parte de mi travesía como lector y como escritor tuvo que ver con la reivindicación del género ensayo. Con algunos amigos —Nicolás Casullo, Toto Schmucler, Horacio González— siempre reivindicamos esa tradición frente al paper académico. Este libro es, en ese sentido, también un homenaje. Borges habilita lecturas gozosas, una pluralidad temática inmensa. Borges me permitió reencontrarme con mis amores infantiles: Stevenson, Mark Twain, Salgari, leídos y soñados como en la niñez. Pero con Borges también se camina la ciudad, se recorren los vericuetos de la teología y de la metafísica entendida como literatura, se viaja a la mística judía —tema que me interesaba mucho—, se exploran lenguas, traducciones, y siempre aparece la pregunta por el idioma de los argentinos, por Buenos Aires, por la política, las filiaciones familiares y la memoria. En mi caso, fue sobre todo un homenaje de lector gozoso.

En el libro menciono a otro de mis autores míticos de la infancia: Guillermo Enrique Hudson. Lo leí en la primaria, allá lejos y hace tiempo. Leerlo a los diez años me fascinó. Borges fue un lector atento de Hudson y escribió ensayos bellísimos sobre él. Decía de *La tierra purpúrea* que era “uno de los pocos libros felices”. Ese comentario me llevó a buscarlo: no había ediciones, terminé encontrándolo en una librería de viejo. Fue su primer libro publicado fuera de su escritura naturalista: una historia maravillosa sobre la Banda Oriental durante las guerras civiles del siglo XIX.

Ese camino me llevó también a la gauchesca, al paisaje pampeano, otro tema fuerte en Borges. Y así, durante la pandemia, empecé a escribir: sin querer aportar algo “nuevo” en términos de teoría crítica, sino simplemente escribir sobre Borges. Por eso el subtítulo: un amor no correspondido.

En esas primeras lecturas infantiles, en relación quizá con tradiciones familiares, ¿hubo un acercamiento temprano a Borges?, ¿existía en tu casa una biblioteca que te lo acercara?

Mis padres eran lectores y mi relación con los libros está vinculada a verlos leer. Había una biblioteca en casa, aunque no necesariamente centrada en Borges. Mi padre leía ciencia ficción, novela policial, libros de historia. Borges estaba, pero no en primer plano.

Yo tenía un convenio con mi papá: en los años sesenta, de chico usaba el pelo un poco largo y solo aceptaba ir a la peluquería si después pasábamos por una librería a comprar un libro. Eso marcó una relación muy fuerte con la lectura. Además, tengo una historia que para mí es milagrosa. Vivimos algunos años en Estados Unidos, cuando yo tenía entre cuatro y siete años. Al volver, en la primaria, una maestra advirtió que tenía problemas con la lectura y las letras: sospechó que era dislexia y se lo comentó a mi mamá. Me derivaron a una psicopeda-

goga, Blanca Tarnopolsky, una de las fundadoras de la psicopedagogía argentina. Una mujer extraordinaria, que además fue víctima de la dictadura: salvo Daniel, su segundo hijo, toda su familia -incluyéndola- fue secuestrada y asesinada.

Con Blanca tuve una relación decisiva: gracias a ella me convertí en lector apasionado. Ella fue como un hada madrina, un ángel de la guarda. La relación con los libros nació de esa dificultad inicial con el lenguaje, y de la necesidad de superarla. Mis primeras lecturas vienen de ahí, fueron Salgari, Verne, Mark Twain. Mi libro mágico fue *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

También recuerdo colecciones juveniles: los hermanos Hardy, unos detectives adolescentes; otra serie que creo que no la escribía Hitchcock, pero que llevaba su nombre aunque seguramente no era su autor. Y luego Jack London, Stevenson, Conan Doyle. De Sherlock Holmes, por ejemplo, había pocas ediciones en esa época. Descubrí *El sabueso de los Baskerville* en la biblioteca de un amigo y compañero de banco en la primaria, Eduardo Blaustein —que después fue periodista y escritor—. Su casa para mí siempre fue culta, estaba llena de libros y conversaciones sobre política y literatura, algo distinto a la mía, más sencilla, de clase media. Ese descubrimiento me convirtió en un lector fanático de Conan Doyle y, a través de él, de la Londres victoriana. Después vinieron Dickens, *Oliver Twist*, y todo el viaje por ese mundo literario.

¿Cómo lee el que escribe? ¿Cómo es tu experiencia personal en ese cruce entre lectura y escritura?

No soy un ejemplo de método, porque soy un lector anárquico. No hay nada que me apasione más que entrar a una librería sin un plan y salir con algo inesperado. Siempre leo varios libros a la vez, mezclando ficción y teoría. Para mí, la literatura —novela, poesía, incluso un poco los cuentos, aunque prefiero las novelas extensas— es el punto de partida de todo lo demás. Convivo con libros en todos los rincones: escritorio, mesa de luz, distintos espacios de la casa.

Hay autores que me obsesionaron en distintos momentos. Uno decisivo, liminar, fue Thomas Mann. A los 16 años leí *La montaña mágica*, en una Argentina muy compleja de 1974 y fue un descubrimiento múltiple: me abrió al mundo de la cultura alemana, la filosofía, la literatura.

Cuando me fui del país, en marzo de 1976, una gran amiga me regaló *Doktor Faustus*. Lo leí en el avión rumbo a Ginebra, y fue una experiencia tremenda: me enfrentó a la relación entre literatura, política y creación, a lo mefistofélico. Ese libro, escrito en el exilio, me llevó también a Adorno. *La montaña mágica* es quizá la gran novela de ideas del siglo XX. Allí hay un personaje que me marcó: Naphta, un jesuita tuberculoso, un reaccionario revolucionario, es lo que Thomas Mann llama un “conservador revolucionario”: alguien que quiere fusionar lo barroco, contrareforma y revolución social. La querelle entre Settembrini, que encarna la tradición ilustrada, humanista y progresista, y Naphta, anticipa los conflictos ideológicos previos a la Primera Guerra. Naphta estaba inspirado en Georg Lukács, un autor que en mi adolescencia también me impactaba. Ese cruce entre Mann y Lukács me acompañó después en mis

lecturas de la Escuela de Frankfurt, de Benjamin, y en la relación entre marxismo y tradiciones conservadoras.

Si tuviera que nombrar tres novelas que me marcaron: una de la infancia, una de la adolescencia y una de la iniciación política. La de la infancia ya la dije. La de la adolescencia fue *La montaña mágica*. Y la de la iniciación política fue *Mi vida*, de Trotsky. La *Historia de la Revolución Rusa* fue leída a los 16 años y me abrió a la política. Trotsky era un escritor extraordinario, le decían “la pluma”. Ese libro, más que teoría, es una obra de arte narrativa. Me abrió a la política como a toda una generación.

Recuerdo que cuando viajé por primera vez a México, lo primero que hice fue visitar la casa de Trotsky en Coyoacán. Ya era museo, aunque no tan ordenado como ahora. Fue impactante ver cómo pensó México, cómo se vinculó con Frida Kahlo.

Y para terminar, una anécdota más temprana: a los 11 años, leí un libro poco conocido de Julio Verne, *Norte contra Sur*, sobre la Guerra de Secesión en Estados Unidos. La historia de un joven blanco que cuando estalla la guerra se escapa con uno de los esclavos de su familia, que era su amigo y se van a pelear a favor de la abolición de la esclavitud. No es uno de los grandes libros de Verne. Pero al terminarlo, escribí un libro exactamente igual. Le pedí a mi mamá que me comprara cuadernos y escribí cinco, con una historia inspirada en un chico muy parecido al de la novela de Verne. Lamentablemente, uno de mis hermanos, sin darse cuenta, los tiró pensando que eran viejos. Siempre digo que un psicoanalista se hubiera hecho un festín con esos cuadernos, pero quedaron perdidos para siempre.

Ese fue mi primer vínculo con la lectura-escritura: ese impulso tan propio de la infancia, cuando uno está tan atravesado por lo que lee que la única salida posible es intentar escribir. Lo mismo ocurre en la adolescencia con la poesía: aunque pueda resultar cursi y muchas veces termine quemada, es un reflejo de esa necesidad de prolongar la lectura. En definitiva, creo que la escritura es eso: una prolongación de la lectura.

Tiene momentos gozosos y también difíciles, oscuros: la página en blanco, la angustia de pensar “nunca más voy a poder escribir”, o la pena de terminar un libro en el que uno disfrutó tanto. Con este último, por ejemplo, la pasé muy bien, y me dio tristeza cerrarlo.

A los lectores también les pasa eso: no querer terminar un libro.

Exacto, es un duelo. El final de un libro exquisito es a la vez felicidad y vacío. Claro que está la relectura, que siempre es hermosa, pero no reemplaza ese primer enamoramiento. Y más aún cuando sabés que ese autor ya no va a escribir nada más: que ese libro es lo último suyo que vas a leer.

¿Y qué pasa con la reescritura?

Reescribo bastante aunque corrijo poco. En la pandemia, por ejemplo, retomé esas cincuenta páginas sobre Borges y las convertí en un libro. El ensayo sobre Borges y Benjamin es, de hecho, una variación de uno que había publicado en los noventa: le agregué algunas cosas, pero mantuve su espíritu original.

En 2022 publiqué otro libro, *Por el desfiladero de la cultura y la barbarie. En torno a lo judío*. A lo largo de más de treinta años escribí mucho en torno a ese tema —desde la Escuela de Frankfurt hasta Kafka o el psicoanálisis— y decidí recopilar esos textos. Algunos los dejé como estaban, otros los reescribí, sumando matices sin alterar lo esencial.

Sigo mucho un consejo muy bueno de Benjamin: cuando la página está en blanco y no sale nada, tomar un texto ya escrito y volver a escribir sobre él. Eso siempre me funcionó. También cultivé otra estrategia muy benjaminiana: las fichas. Antes de la irrupción de lo digital, trabajaba con cajas de fichas bibliográficas, de citas, de opiniones. Benjamin soñaba con escribir un libro solo hecho de citas, a las que describía como asaltantes que sorprenden al caminante y le roban lo mejor.

Yo hacía algo similar. Tenía cientos de fichas con información: al escribir, buscaba entre mis fichas y, de pronto, encontraba una que encajaba y producía un giro en el texto hacia otra dirección. Esa práctica la mantengo hasta hoy, incluso en este libro, porque me gusta dar cuenta de lo que leí sobre un autor escrito por otros y ponerlo en diálogo con mi escritura. No es solo una cuestión de honestidad intelectual, es reconocer que todos, de algún modo, escribimos lo mismo. Las citas permiten apropiarse de las palabras de otros sin caer en plagio.

Aunque también hay robos creativos: pienso, por ejemplo, en Pancho Aricó, que era un erudito formidable sin título universitario. Cuando falleció, su esposa donó una parte de la biblioteca latinoamericana de Aricó a la Universidad de Córdoba. En el acto de entrega de la biblioteca, el encargado de presentar a la figura de Aricó fue Toto Schmucler. Cuando comenzó hablar, dijo “todos estos amigos libreros”, históricos de Córdoba, “en verdad no sé qué dirían, porque gran parte de los libros que está donando Pancho se los robó de sus librerías”. Fue un momento de risas pero también de reconocimiento: en nuestra generación, expropiar libros era casi una tradición.

Yo relato una de mis hazañas rocambolescas que fue en la vieja librería “Fausto” —que ahora es “Cúspide”, después de que la comprara el grupo Clarín—: robar los cuatro tomos, de color verde, de la editorial Grijalbo, de *Teoría estética* de Lukács. Fui durante dos semanas y me los llevé a mi casa. Tenía 16 años y, claro, al leerlos no entendía casi nada. Pero ese gesto tenía una nobleza única: ¿qué librero podría oponerse a que un chico de esa edad se llevara la *Teoría estética* de Lukács?

De algún modo, esa anécdota vuelve a la relación entre lectura y escritura. Benjamin decía que el niño coleccionista rescata un objeto de su uso funcional, de su serialización, y lo devuelve a la vida en una colección. Creo que algo similar ocurre con los libros: en la infancia tienen un carácter casi salvífico y permanecen como herencia en la memoria. En cada lectura significativa sentimos que el autor vuelve a vivir, y eso tiene algo de milagroso: rompe los límites de la biografía material y entra en otra dimensión.

A lo largo de la entrevista fueron apareciendo lecturas, amistades, ciudades, bibliotecas. Si tuvieras que ubicarte en una constelación posible, ¿cómo lo harías?

Todo está vinculado. Amigos entrañables, maestros, experiencias políticas, momentos

biográficos y ciudades. Con Nicolás Casullo, por ejemplo, hicimos un viaje extraordinario de más de un mes por Europa, recorriendo lugares que nos interesaban profundamente. Nicolás escribió un gran libro, *La remoción de lo moderno. Viena del 900*, y en ese viaje visitamos a Claudio Magris, una figura que los dos amamos mucho, autor de *El Danubio*, que vivía en Trieste.

Recorrimos algunas ciudades de Alemania —Berlín, Frankfurt, Múnich— en tren. Nos encontramos con amigos, caminamos mucho. Fue un viaje muy ligado a nuestras escrituras, a nuestros amores, a nuestras pasiones, a los libros leídos, a los autores que nos conmovieron. Todo se mezclaba.

Con Nicolás, después de 25 años de amistad, caminábamos sin parar. Desde la vieja Facultad de Ciencias Sociales en Marcelo T. de Alvear y Uriburu hasta su casa, unas 20 cuadras, charlando. Después seguíamos para otro lado, volvíamos, y recién ahí yo me despedía.

Discutíamos mucho sobre Buenos Aires, sobre la relación entre el mundo intelectual y la ciudad. Por entonces Toto Schmucler era titular de una cátedra en la Facultad de Arquitectura de la UBA, en la carrera de Diseño Gráfico, que recién empezaba. Un día me dijo: “Vení, imaginemos algo para hacer acá”. También invitó a Nicolás y el eje central fue la ciudad. Pasamos un año precioso. Después Toto se fue a vivir a Córdoba, yo me quedé con la cátedra un tiempo, y el tema de la ciudad quedó como un eje recurrente. No llegué a conocer en México -en los años de la segunda mitad de la década del 70 que viví ahí- ni a Schmucler, ni a Aricó ni Nicolás -que también estuvieron exiliados en el DF-, porque estábamos en circuitos distintos, pero compartir esa ciudad tan potente y extraordinaria como México también nos vinculaba.

A Aricó lo conocí más tarde, a través de una amiga queridísima. Yo lo conocía de nombre, claro: Pasado y Presente, la Biblioteca del Socialismo de la editorial Siglo XXI. Cuando finalmente lo traté, me encontré con una personalidad maravillosa. Si Blanca Tarnopolsky fue una especie de hada madrina para mí, y Pancho Aricó, muchos años después, terminó siendo alguien que me abrió caminos de un modo único, con una generosidad fabulosa. Recuerdo una reunión en el Club de Cultura Socialista, que él había creado. De pronto llegó Alain Touraine, la gran figura de la sociología francesa. Pancho me lo presentó como si yo fuera un igual, con apenas 25 años. Ese tipo de gestos en el ruin mundo académico no existen. Pancho, como otros de su generación como Toto Schmucler, Oscar del Barco, eran iguales.

Con Pancho iniciamos la lectura de las Tesis sobre la filosofía de la historia de Benjamin. Él tenía materiales inéditos y pasábamos tardes enteras leyéndolos. Ir a su casa era entrar en una biblioteca infinita. Si le decías: “Me interesan los populistas rusos del siglo XIX”, te bajaba veinte libros sobre ese tema en varios idiomas. Otro día, mencionabas la plástica de la escuela austríaca de comienzos del siglo XX, y aparecían veinte libros más. Fue uno de los grandes introductores de Gramsci en América Latina. Se definía marxista hasta su muerte, pero tenía una apertura intelectual extraordinaria y, sobre todo, sabía escuchar. En un mundo académico donde la gente escucha poco, Pancho y su generación —Aricó, Casullo, Del Barco, Schmucler— tenían esa cualidad rara y preciosa: escuchar, preguntar, interesarse.

A Casullo y a Schmucler los conocí gracias a él. Lo mismo con Oscar del Barco. Por eso

Pancho ocupa para mí un lugar imborrable. Hace poco hablé con Teresita, su viuda, que sigue viva. Pancho murió joven, con apenas 60 años, en 1991. También Casullo murió joven, a los 64. Schmucler vivió hasta los 85, y Óscar del Barco hasta los 95. Todos extraordinarios, cada uno con sus polémicas y sus particularidades. Óscar del Barco tenía una peculiaridad hermosa: te tomaba del brazo y, con ese tono cordobés lleno de diminutivos me decía, “Ricardito, vamos a charlar”, y me escuchaba de verdad. Podía desmontar irónicamente alguna idea que vos creías cerrada y obligarte a salir de tu narcisismo. Además, era un lector descomunal y un maestro en el arte de reconocer al otro. No importaba si el texto era de Alain Touraine o de un alumno de primer año: Oscar lo leía, lo devolvía con comentarios, lo tomaba en serio. Esa atención, ese reconocimiento, es una de las enseñanzas más genuinas que recibí.

Borges tenía algo de eso: una generosidad extraordinaria hacia sus lectores. Te decía: “Acá está, ahora seguí vos”. Esa invitación es maravillosa. Logró que sus recuerdos personales se convirtieran en recuerdos de sus lectores.

Creo que, si hemos tenido la dicha o la tragedia de nacer en Argentina, todos somos de algún modo borgeanos. No nos podemos escapar de su lenguaje, sus obsesiones, sus mitos. Podemos pelearnos con él, amigarnos, distanciarnos, pero siempre vuelve.

Si tuviera que elegir unos pocos autores para que me acompañen en un lugar sin libros, sin duda Borges sería uno de ellos. Tiene la facultad de devolverte la posibilidad de seguir leyendo muchos libros leyéndolo a él.